# LOS 4 SHERLOCKS

Jesús Cortés

Dibujos de Oriol Malet

# FANTASMAS EN EL VESTUARIO

# 1 La magia del baloncesto

Ya era media tarde cuando me reuní con Mati, Gomo y Wen para ir al polideportivo. Era jueves y habíamos quedado con Javi, un compi del cole que, además, era un fenómeno del baloncesto. En realidad a Javi todos lo llamamos NBA porque lo sabe todo de la liga americana de baloncesto. Podéis flipar. Es una enciclopedia.

–El baloncesto tiene algo de mágico, y os lo puedo demostrar sin mover un dedo ni decir ni pío. Pero tendríais que venir a la cancha para comprobarlo –nos había dicho unos días antes.

Eso de demostrar algo mágico sin mover un dedo ni decir ni pío sonaba enigmático. Y a nosotros los enigmas nos chiflaban. Así que fuimos muertos de ganas de comprobarlo. Y ya puestos, como dijo Wen, podríamos jugar un rato a lanzar al aro.

–Pero sin pasarse –dije. Los deportes nos gustan y nos divierten, pero nuestra verdadera afición es otra.

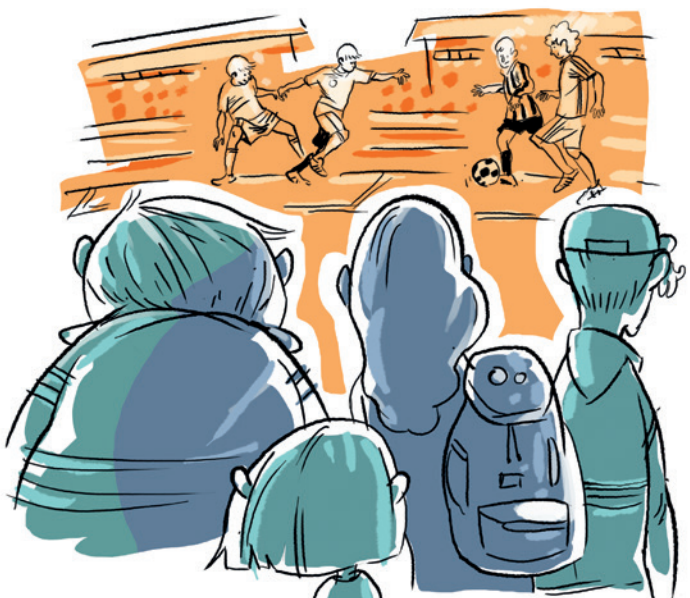
Gomo, Mati, Wen y yo somos devoradores de historietas de misterio. Nuestras favoritas son las del detective Sherlock Holmes. Leyéndolas hemos aprendido a resolver misterios. Y como en San Telmo, nuestro pueblo, hemos resuelto algunos, ahora todos nos llaman los Sherlocks.

Aunque Gomo no entendía por qué nos habíamos hecho tan famosos.

–Cuando resolvimos el caso del torneo de fútbol ya comenzaron a llamarnos así –comentó mientras íbamos al polideportivo.

–Fue guay, ¿no, Fran? –me dijo Mati.

Me encogí de hombros.



–Sí, bueno. Pero tampoco fue para tanto –dijo Gomo.

A Gomo no le gusta ser el centro de atención de nada. Más bien prefiere pasar desapercibido. Aunque con su corpachón lo tiene bastante crudo allá por donde va.

–Pues a mí sí que me gusta que nos llamen así –dijo Wen alzando la barbilla como una repipi estirada. Bromeaba, claro.

Mati la imitó y añadió con retintín:

–¿No os hace sentir im-por-tan-tes?

Mati y Wen. Tal para cual. Son como dos ardillas traviesas que nunca descansan. Cuando algo se les mete entre ceja y ceja, ¡uf!, tienen un peligrooo...

–Gomo tiene razón. Tampoco fue para tanto –dije–. Aquello salió bien, pero nada más.

–¿Nada más? –se sorprendió Mati–. ¿Y qué me dices del caso de la feria ambulante?

Gomo dejó escapar un ¡je, je!

–Fue divertido. Menuda panda de frikis –dijo.

Lanzadores de cuchillos, monos trapecistas, perros danzarines... La feria se había marchado hacía pocos días con sus organillos y feriantes.

–¿Os acordáis del barón Rodenberry, el de los monos? –rio Wen.

–¿Y del Rufus III que vino al cole? ¡Buah!

–¿Y del que había perdido uno de sus perros danzarines, uno que no sabía ladrar?

–¡Síií! ¡Un carlino con collar rojo! –exclamó Wen–. Ese tío era de un simpático que te mueres. Más que perderse, seguro que el perro se dio el piro. Y no me extraña, con un dueño así...

Mientras charlábamos, nadie podía imaginar que la feria que nos había visitado pudiese tener nada que ver con un nuevo caso que estaba a punto de estallarnos en las narices. Claro que cuando todo empezó ni Mati, ni Wen, ni Gomo ni yo nos olimos misterio alguno. Pero el misterio ya llevaba cociéndose varios días en los rincones más oscuros del polideportivo.

Cuando llegamos, NBA ya nos esperaba en la cancha lanzando en uno de los aros. Un grupo de chicas jugaba a pasarse el balón y a lanzar en el otro. Las camisetas sudadas indicaban que debían de llevar un buen rato jugando. NBA estaba solo, lanzando triples que no siempre acababan en canasta.

–¡Eh, Sherlocks! ¡Habéis venido! –se alegró lanzándole el balón a Gomo.

–¡Pues claro! –dijo Mati–. Nos dijiste que el baloncesto tiene algo de mágico.

–Y que lo podías demostrar sin mover un dedo, ¿verdad, Fran? –añadió Wen.

–¡Y sin decir ni pío! –le recordé a NBA con un dedo en alto.

Gomo no dijo nada. Se limitó a lanzar el balón al aro. Falló.

–¡Vaya churro de tiro! –dijo.

En el rostro de NBA se dibujó una ligera sonrisa cuando lo vio lanzar.

–No tengo nada que decir sobre la magia del baloncesto –continuó NBA mientras observaba cómo Mati iba a por el balón–. La magia actúa sola.

–Pero ¿cómo? –pregunté.

Con el balón en sus manos, Mati lanzó a canasta. El lanzamiento quedó corto. NBA volvió a sonreír y con paso tranquilo fue a por el balón. De regreso, lo hacía botar lentamente. Al otro lado las chicas ya se iban a su vestuario. Algunas se resistían a hacerlo y hacían unos últimos lanzamientos al aro.

–Si dijese cómo actúa la magia, ya no tendría gracia, ¿no? –contestó nuestro amigo dejando el balón en el suelo.

–¿Y entonces qué tenemos que hacer para descubrirla? –preguntó Mati cruzándose de brazos. A Mati no le gusta que le tomen el pelo. Bueno, a ninguno nos gusta.

–No tenéis que hacer nada. Tan solo estar aquí –le contestó NBA mostrándonos la cancha como si estuviésemos en un paraíso.

–¡Pues qué bien! –exclamó Wen cogiendo el balón. Lo hizo botar. Con desgana se acercó al aro y lanzó a canasta. El balón tocó el tablero, rebotó en el aro y tras dar unas vueltas...

–¡Toma! –rio Mati.

–De chiripa, no te creas –rio también Wen.

Mati recogió el balón y lanzó de nuevo. Volvió a fallar, aunque el balón tocó el aro. Después me pasó el balón.

–¿Y tendremos que esperar mucho rato? –preguntó Gomo metiéndose un dedo en la nariz. Ante amenazas de aburrimiento, Gomo suele matar el tiempo sacándose diamantes verdes.

–No demasiado –contestó NBA disimulando, como si esperase que la magia se pudiera presentar en la cancha en cualquier momento.

Yo me quedé mirando el balón. Después miré el aro. Y sin saber por qué quise encestarlo y lancé. El balón rebotó en lo alto del tablero. El aro ni lo olió.

–¡Bien! –exclamó NBA alzando los brazos en gesto de victoria.

–¿Bien? ¿Estás de broma? Ni una rana habría lanzado peor –le dije.

–¡Pero has lanzado!

–¿Y qué?

–Todos lo habéis hecho. ¡Ahí tenéis la magia del baloncesto!

Nuestras caras debían de decirlo todo porque no entendíamos nada.

–Nadie con un balón en las manos pasa por delante de un aro sin intentar encestarlo –dijo NBA mientras recogía el balón. A continuación, lanzó un gancho con la mano derecha.

¡Canasta!

–Vosotros mismos lo habéis hecho como si nada –continuó. Después se alejó en tres zancadas, se dio la vuelta y...

¡¡¡TRIPLEEE!!!

–Como dice Fernando, uno debe preguntarse si será capaz de encestar, de lanzar con la fuerza necesaria desde cualquier posición.

Fernando es nuestro profe de gimnasia.

NBA recuperó el balón. Se alejó. Lanzamiento de banda.

¡Canasta!

Le pasó el balón a Gomo. Gomo lanzó.

¡Churro!

–El aro te desafía y tienes que convertirte en una máquina de precisión.

–¿Eso también lo dice Fernando? –pregunté.



¡Bum, bum, bum! NBA se cambiaba el balón de manos haciéndolo rebotar contra el suelo.

–Pues claro –me contestó.

¡Salto y lanzamiento! Esta vez el aro rechazó el balón. NBA siguió jugando como si nada.

–Lo que importa es aceptar el desafío, que en realidad no es más que un desafío contra uno mismo porque, al fin y al cabo,...

NBA se disponía a lanzar otra vez en medio de la explicación. Pero, cuando estaba a punto de saltar, un grito inesperado dio al traste con el lanzamiento y, lógicamente, con el final de la explicación.

¡¡¡AAARRRGGG!!!

–¿Qué ha sido eso?

Todos nos alarmamos. Al grito que oímos le siguieron otros tan alarmantes como el primero. Procedían de los vestuarios, y casi al instante vimos cómo salían aterradas las chicas que habíamos visto jugando.

–¡Una rata! ¡Una rata! –gritaban.